

CUARENTA AÑOS DE "ATENEA"

1924 - 1964

por

Héctor Fuenzalida

Creemos que nunca podrá eludirse el nombre de ATENEA en cualquier intento analítico y cualitativo de la vida cultural de Chile en lo que va corrido del siglo. Aunque la revista nace bajo los auspicios de la Universidad de Concepción, en abril de 1924, con un exordio magistral de don Enrique Molina, las señas de su partida de bautizo son tan amplias, que se dejan sentir hasta ahora mismo. Más que órgano de la Universidad penquista surge en sus páginas desde un comienzo un tono nacional e hispano que no ha desaparecido en el transcurso de sus cuarenta años de vida.

Prima en ella una dirección hacia el ensayo en el vario campo de la Filosofía, la Literatura, las Ciencias Sociales, las Bellas Artes, con un sentido crítico y de actualidad reflejo de las corrientes en juego.

Los que han seguido su trayectoria desde entonces y recuerdan aquel primer número elegantemente impreso por Nascimento, pueden acreditar el impacto que produjo en la vida intelectual chilena. De inmediato su área de flujo y reflujo excede al radio universitario. No es una revista propiamente de la Universidad para la Universidad y su medio en la geografía espiritual de Chile. Casi puede decirse que las galas que la visten, el tono de sus páginas, la variedad y universalidad de sus temas, la comprometen a un destino más ambicioso. Hay también una circunstancia, que no es casual; su dirección editorial, nunca comprometida con su metrópolis, le da una garantía de independencia del foco universitario original: su dirección reside en Santiago. Desde Santiago la dirigieron Domingo Melfi, Raúl Silva Castro y Luis Durand, y, desde Santiago, también, la sigue dirigiendo Milton Rossel, sin otro compromiso que dar en sus páginas respuesta novedosa y cabal a los problemas de la hora en el cada vez más inquieto panorama de una cultura que no puede tener apellido de nacional solamente.

Más grande, más adulta, la Universidad penquista, al mismo tiempo, pasada la etapa del crecimiento imitativo y puramente reflejo, define las líneas de su misión y de su autonomía, y, de instituto regional, se torna poco a poco en centro de irradiación y atracción en los últimos años,

para abarcar no sólo los meridianos de la vida nacional sino que, con mayor insistencia, extender su nombre piloto, en el desarrollo de las humanidades y de las ciencias, elevada a la órbita continental. Tal acontece también con la revista.

Quien haya viajado y recorrido universidades en el continente y en el hemisferio norte, en cualquiera parte donde pueda hallarse un rastro de hispanismo, allí estará presente ATENEA. En la Unión Pan Americana de Washington se confecciona su primer índice exhaustivo. ¿Milagro de una buena distribución? Acaso sí; pero más que todo, creemos, residuo activo de la perseverancia, de la insistencia en una línea central, las humanidades, para lograr un registro magistral y representativo de las letras chilenas y de Hispanoamérica, el trazado de una ruta de atracción y longevidad, de un modo que pase sobre las maneras, los cambios, para mantener siempre una zona de eléctrico peligro y de vitalidad.

Nacida en un momento en que las letras parecían haber perdido su centro de filiación, entregada la literatura a los rincones de las revistas de actualidad o a esporádicas, confidenciales o tendenciosas publicaciones—que tuvieron mucho de periódicas, pero muy poco de permanentes—ATENEA llena, desde su nacimiento, este horado y sube el tono polemista de las capillas y del engaño de los grupos, a un nivel de lo que entonces se había dado en llamar “las ideas generales”, que no era otra cosa, en la vaguedad decorativa del término, que el grito de salvación de las humanidades, del hombre integral.

Fue difícil la tarea. Por un momento y a poco andar en los dos primeros lustros, la revista que había llegado al grado de la popularidad en los medios intelectuales, pareció obscurecer su aura y se culpó de parcialidad a sus directores, con increíble injusticia y alevosía.

Pero ella mantuvo inalterable su línea, sin mudar la serenidad de sus principios editores a trueque de perder nuevos halagos. Este fenómeno de retracción no pareció afectarle, pues él no implicó su responsabilidad chilena, como medio difusor. Era un fenómeno que respondía a una crisis general de las pocas revistas de alta cultura en el mundo entero, hechas en el mismo modo y semejanza. El fenómeno respondía a una urgencia publicitaria en las especializaciones, en la bifurcación de los caminos del saber, en la autonomización de las disciplinas. Así fueron cayendo en este abismo de desatenciones otras como, y hasta, la propia *Revista de Occidente*, ninguna por pérdida de bríos, sino, muy al contrario, por mantener el fuerte principio de la crítica en el plano de las ideologías independientes de la serenidad.

En este momento crítico, ATENEA mantuvo los fuegos intactos de su misión y por algunos años pareció soterrarse en el nicho de las bibliotecas, en los rincones universitarios. Pero allí donde a veces no era posible hallar nada chileno, cuando alguien buscaba un rostro de la patria distante, en Chicago, en Loyola, en Medellín, en Arequipa, en São Paulo, siempre se encontraba el último ejemplar de la revista en los anaqueles de sus bibliotecas.

Los tiempos traen las mudanzas y es probable que proliferen otras publicaciones periódicas en el país; pero ese sentido universalista de ATENEA se mantendrá inalterable. En los últimos años la revista parece más hermanada y ceñida a sus claustros australes, más segura de sus propios recursos, alimentándose del zumo inteligente de su propia docencia, pero sin perder, en absoluto, la amplitud de sus columnas, abiertas como un registro, a las voces que a ella confluyen desde la esfera nacional e hispanoamericana.

Ha cambiado vestidura nuevamente. Se hace más alacre su lectura con los nuevos paramentos, la gracia de sus grecas y de su tipografía. En ella se acusan nuevos perfiles interpretativos, los de una generación que pasó la etapa bisoña del aprendizaje y ha traído un nuevo idioma, una nueva fuerza dialéctica y una nueva táctica de seducción espiritual. ATENEA les ha acogido, sin alterar sus principios, siempre definidos en la escuela nunca superada, o mejor, insuperable, de los grandes humanistas, más allá de los cursos y regresos que en el camino de la cultura marcan los usos y las imitaciones temporales.

Y ahora, después de cuarenta años, parece más joven.

